

ENTRE EL “HECHO SOCIAL” Y UN LARGO CAMINO DE AMISTAD

Guillermo Duardo Martínez, Edgar Hurtado Hernández
Lourdes Ledesma Rosas y Mariana Terán Fuentes*

*H*ace muchos años, fuimos alumnas y alumnos del profesor Genaro Zalpa. Formamos parte de la octava generación de la licenciatura en Sociología. Corría 1983. En el edificio “E 10” conocimos al maestro. No imaginábamos lo que la vida nos depararía. Desde su primera clase, “Autores sociológicos”, en la que se tenía que leer, analizar y discutir a Pareto, Durkheim y Weber, supimos la madera de la que estaba hecho el oriundo de Paracho, Michoacán. Nos dio su programa, fuimos al edificio de la Biblioteca Central a consultar las referencias bibliográficas que el programa recomendaba. Ahí estaban los clásicos. En los anaqueles de la biblioteca universitaria fuimos afortunados por tener la oportunidad de consultar aquel viejo catálogo que, ahora, seguramente, es pieza de museo. Constatamos en la lectura de los clásicos, el magisterio del doctor Zalpa. Fue, en nuestra interpretación, un gran lector de los más importantes modelos para la reflexión del “hecho social”, de la “acción social”, de las tramas y urdimbres en que las sociedades tejen sus redes de significación y, a la vez, son tejidas por ellas.

* *Orgullosos compañeros de la octava generación de la licenciatura en Sociología, Universidad Autónoma de Aguascalientes.*

Con la seriedad que caracterizó su magisterio, nos lanzaba preguntas que eran difíciles de responder a bote pronto: “¿Qué es un hecho social?”, buscábamos en nuestros apuntes y antes de dar con la respuesta, el profesor se anticipaba: “...según Durkheim, es como cosa, no una cosa en sí misma, sino como cosa”. ¿Qué quería decir esto? Seguro cada uno de nosotros lo reflexionamos y nos quedábamos con más preguntas que respuestas, pero sentimos cierto alivio cuando nos hizo verlo a través de ejemplos. De manera muy sencilla, con palabras asequibles, nos enseñó las profundidades de la Sociología y, lo peor de todo, nos hizo amarla.

Aún recordamos cuando tuvimos la sesión respecto a la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Max Weber. Magnífica sesión. Aquel complicado libro fue claramente entendido por los aprendices de Sociología que radicábamos en Aguascalientes. Algunos preguntaron, otros no dejaban de escribir. Ahí estaba don Toño con su cuaderno de rayas en forma italiana. Pobre don Toño. Genaro no dejaba que se durmiera y de manera recurrente lo interpelaba: “¿Qué opina usted, don Toño?” Nuestro compañero de cerca de 70 años se despabilaba para atinar alguna respuesta. Esta clase marcó, para muchos de nosotros, nuestra decisión de no renunciar a las ciencias sociales y humanas. Cuando el profesor Zalpa terminó, nos quedamos callados, nadie se atrevió a decir nada. Alguno empezó a aplaudir, el resto hicimos lo mismo. Estábamos frente a un verdadero maestro.

Cuando la carrera de Sociología cumplió 35 años, en el Auditorio Pedro de Alba se encontraban Genaro y Felipe, los creadores de aquella licenciatura, cuando una gran mayoría veía, y lo siguen viendo, que la carrera de Derecho era y es la de mayor “pertinencia”. Zalpa y Rizo confiaron en su intuición. Reconocieron que podría ser excelente iniciativa proponer a la Autónoma de Aguascalientes una opción diferente, menos conocida, al punto que cuando algunos incautos, como los que

suscriben, se decidieron en primera instancia por esta carrera, nuestras familias supusieron que tendríamos serios problemas para conseguir trabajo bajo la socorrida pregunta de “¿Y de qué vas a trabajar?”.

Felipe y Genaro no se equivocaron. En algunos de los jóvenes de Aguascalientes, Sociología fue una opción que nos permitió escuchar a la sociedad, imaginar sus redes sociales, conocer las posibilidades de relacionarse, de construir nudos de poder. No era, en ningún sentido, tarea fácil. Lo más complejo del hombre es entender y comprender al hombre. Menuda aventura de Genaro y Felipe.

Esos cuatro estudiantes de la octava generación de Sociología decidimos el área de “Rural” (no sabemos si aún permanezca esa especialidad). Genaro se fue al Valle del Mezquital con Eva, su hija. Nos invitó y lo seguimos. El aula desapareció y, frente a nosotros, se impuso el mundo del Mezquital, con toda su complejidad y poderío. Una realidad distinta a la vivida por los cuatro y, sin embargo, seguía siendo México. México eran muchos, eran otros, distintos, con sociedades que armaban sus redes de significación, distintas, pero con rasgos comunes. Supimos entonces lo que era, al mismo tiempo, estar de uno y otro lado; desde una esquina y al centro; supimos desenfocar para empezar a enfocar. Mucho ayudó para ello, las varias vueltas que hicimos a la Meseta Tarasca con Genaro para comprender cómo desde otros universos se comía, se bebía y se acompañaba. Los aprendices de Sociología abrieron sus ojos para reconocer al otro y, en ese ejercicio continuo, reconocernos a nosotros mismos. Genaro dejaba la formalidad del aula, y se convertía en anfitrión, en uno más de casa, nos hacía sentir en casa y ser parte de su familia.

Las discusiones se volvieron infinitas, que dónde es la capital del mundo: Paracho o Pabellón, que si existe o no el ate de ejote, que si es más rica la tuna cardona o la blanca, que si el amor es comunicación o sentimiento, que si es indispensable

la historia para la sociología o la sociología para la historia. El aula se quedó en nuestros recuerdos para dar paso a miles de reuniones entre amigos, con un buen Appleton, una buena guitarra, una espléndida comida y el mejor de los abrazos. Desde hace tantos años, ya no sabemos cuántos, sus alumnas y alumnos, ahora envejecidos, hemos sabido aquilatar la sabiduría del maestro, la generosidad del guía y el infinito abrazo del amigo.